

“EN NUESTRA CIVILIZACIÓN DE LA IMAGEN, ¿SIRVEN PARA ALGO LOS LIBROS?”

ALEJANDRO MEDINA

UNIVERSIDAD DE SYRACUSE

lofrasso@gmail.com

Fecha de recepción: 05/06/2026

Fecha de aceptación: 13/07/2026

Es una pregunta curiosa, que en cierta ocasión me plantearon en clase mis estudiantes universitarios. Ellos no la formularon con tales palabras. Yo les había dado a leer el *Fedón* de Platón, ese texto extraordinario en el que Sócrates, a punto de ser ejecutado, expone ante sus discípulos los argumentos en favor de la inmortalidad del alma, exhortándoles a que no lamenten su muerte corporal inminente. Por aquellos días, mis estudiantes habían ido al cine a ver la película *Troya*, con Brad Pitt como protagonista, y algunos de ellos sugerían, medio en broma, medio en serio, que era más fácil, más rápido y más divertido “ver” la historia de la *Ilíada* en pantalla, que leer durante horas aquellas enrevesadas descripciones de aburridas batallas, plasmadas por Homero en un lenguaje para ellos ininteligible... “¿No podríamos —sugerían— ver alguna película sobre el *Fedón*, en lugar de leer los difíciles argumentos de Platón?”

Pregunta curiosa, digo, viniendo de estudiantes universitarios, a los cuáles se les requiere, y de quienes se espera, que lean textos difíciles que luego tendrán que aprender a resumir y explicar en lenguaje escogido. Pero es así: desde hace algunos años, vengo notando que a las nuevas generaciones de estudiantes les aburre la lectura, les resulta engorrosa, cargante. No les entusiasma enfrascarse en una larga novela. Sienten terror ante la obligación de recorrer de principio a fin un argumento lógico inserto en las páginas de un texto académico. Sé bien que generalizo. Pero las generalizaciones esconden no solo inexactitudes, sino también antiguas verdades. Ése es el sentido del viejo refrán: “Cuando el río suena...”. O, como dice el inglés, de forma más visual: “Donde hay humo, hay fuego”.

Nunca antes nos hemos visto tan rodeados de libros como ahora y, en cambio, los universitarios actuales a menudo prefieren regodearse perezosamente en un paisaje saturado de imágenes. ¿A qué se debe que la juventud haya perdido interés en la lectura? ¿Qué silenciosa hecatombe ha tenido lugar en un par de generaciones para que esa misteriosa y gozosa actividad con la que forjamos nuestra civilización haya perdido poco

a poco su aliciente e interés? ¿Es un problema general? ¿Qué consecuencias tendrá? ¿Es esto un contratiempo que requiere solución? ¿Habrá quien se la dé? El ordenador y el móvil tienen mucho que ver, cierto, con este cambio, al que se han adaptado las jóvenes generaciones sin titubeos. Pero también es posible que los libros hayan dejado de hablarnos como solían hacerlo. Sus páginas no se atreven a competir con el cine en poder sugestivo. Quizás el papel ya no se arriesga como antes, a abrir de par en par sus ventanas sobre los amplios horizontes del entendimiento o la imaginación.

No es ningún secreto que la fe religiosa ha ido desapareciendo en Occidente a pasos agigantados. Se han apresurado a ocupar su vacío la psicología (la cual ha introducido en nuestras conciencias una enfermiza suspicacia acerca de las intenciones profundas y aviesas del comportamiento), la sociología (que tiende a restar protagonismo al individuo), el positivismo lógico (con su rechazo de realidades más allá de los “datos falsables”), el voluntarismo existencialista (de Kierkegaard y Nietzsche a Sartre o Camus), el igualitarismo democrático de la posguerra (inevitable al haberse convertido los Estados Unidos en el nuevo *hegemón*)... Todo ello ha contribuido, entre otras cosas, a inculcarnos insidiosamente la idea de que el lenguaje que usamos para expresarnos y, por ende, los libros que hoy día escribimos para comunicar nuestras ideas, no hacen mucho más que reflejar el ambiente en el que nos movemos; se leen para confirmar una y otra vez nuestras creencias personales o la pereza intelectual que todos compartimos en este momento puntual de la historia, como si no hubiera alternativas. Los libros y el lenguaje se habrían convertido, pues, en algo así como una enorme y sofisticada tautología que pretende hacernos sentir bien con nosotros mismos y con nuestros “semejantes”, pero que termina generando una profunda inseguridad, a fuerza de asumirnos sin cuestionarnos. De ahí nos viene, en parte, esa *floating anxiety* que a menudo nos corroe, así como el aluvión de manuales de autoayuda que nos inunda por doquier, junto con la sensación de relativismo rampante que nos acompaña a todas horas. Nada parece más verdadero que nada; ningún principio es estable, todo vale o nada vale, no hay realidad objetiva a la que apelar, no hay buenos ni malos, certezas ni falsedades más que las que parezcan tales al gurú o al ideólogo de turno, o a nosotros mismos si optamos por respaldarlas caprichosamente. Los sentimientos empuñan hoy las riendas de nuestras vidas y los medios, audiovisuales o escritos, colaboran para convencernos de que algo nos debe gustar u ofender, no porque en sí mismo sea bueno, o justo, o verdadero, sino porque ello forma parte del “ambiente”, del “entorno” que nos incita a hacerle entrega de nuestra adhesión o a manifestarle nuestro rechazo. Hasta la percepción de la belleza ha sido transformada por esta manera contingente de ver el mundo y aceptamos sin protestar que lo que otrora nos parecía zafio, vulgar o repelente, hoy se considere la cima del buen gusto.

A veces sentimos una aprensión incómoda ante la sospecha de que no debería ser así, que el mundo no puede consistir solo en un torbellino de opiniones encontradas, en un desmoronamiento de todo lo construido y heredado, esta hecatombe en la que “todo lo sólido se desvanece en el aire”, como pretendía Marx; donde “todo se desmorona, y el eje no se sostiene”, como lamentó el gran poeta Yeats...

Probablemente fue por todas las razones anteriores por lo que sentí una viva impresión al abrir el folleto que mi amigo Juan Carlos Aguilera me envió desde Chile, informándome sobre la nueva Escuela de Formación Política recientemente fundada por él en aquel país, acompañándolo de mensajes en los que las fotos de grupo mostraban a unos jóvenes estudiantes llenos de entusiasmo que discutían con fruición el *Gorgias* de

Platón. De pronto me vi transportado cincuenta años atrás, a mis años de estudiante universitario en un pequeño *college* estadounidense diferente a todas las demás instituciones de enseñanza superior en ese país o en buena parte de Occidente. La institución se llama St. John's College y es una universidad pequeña pero selecta (en mi promoción, fuimos solo veintitrés en diplomarnos), que ha mantenido, desde su fundación en los años treinta del pasado siglo, el mismo currículum y que desde entonces ha intentado cumplir siempre con la misma misión: educar a través de los *clásicos*.

¿Educar? ¿Con los clásicos? ¿Por qué? ¿Para qué?

Etimológicamente, “educar” significa “guiar”. Pero guiar... ¿Hacia qué? ¿Hacia dónde? Y ¿qué es eso de los “clásicos”? ¿Por qué los “clásicos”? ¿En qué consisten y por qué son importantes?

Son preguntas que, como profesor universitario, me he planteado en numerosas ocasiones. En más de treinta años de profesión, he tenido delante de mí estudiantes de todo tipo: jóvenes llenos de curiosidad, ávidos de aprender y de comprender..., pero también apáticos, indiferentes, aburridos..., cuando no resentidos, díscolos, rebeldes y contrarios a someterse a cualquier disciplina...

Los que hemos leído a los griegos sabemos que estas son cuestiones con las que aquellos ya lidiaron hace dos mil quinientos años. Educar era, para Platón, guiar hacia la virtud a través del conocimiento. Hacia la virtud, porque solo los seres virtuosos son capaces de convertirse en buenos ciudadanos, miembros meritorios de la *polis* (palabra a la cual debemos nuestro término “política”). Pero esto suena más fácil decirlo que lograrlo. En efecto, ¿qué nos garantiza que algún día vayamos a encontrar la virtud o las virtudes? ¿Sabemos cuántas y cuáles son? ¿Nacemos acaso predispuestos para la bondad (como siglos más tarde pretendería Rousseau) o acaso somos frágiles criaturas cuyas pasiones nos dificultan alcanzar el bien (como sostendría el cristianismo?) ¿Somos capaces de adquirir una disposición virtuosa a fuerza de entrenamiento? ¿La virtud es algo que abunda de forma natural fuera de nosotros y que podemos rastrear en el mundo? ¿O bien es algo que “se fabrica” en sociedad, como se fabrican las casas, o los barcos, o los templos de los dioses, incluso tal vez las costumbres y los rituales? ¿O acaso la virtud no es ninguna de esas cosas, sino que más bien se asemeja a las verdades del conocimiento, por ejemplo la geometría —la perfección de los círculos, la congruencia entre ciertos triángulos, las paralelas que tal vez jamás llegarán a tocarse—, verdades que son lo que son aparentemente de forma ineludible y que siempre están a la espera de que las descubramos y las apliquemos a nuestras vidas?

Pero me desví.

Con esta meditación preliminar, quería apuntar a algo que de puro evidente nos resulta perogrullesco: los mismos interrogantes con los que yo me enfrentaba todos los días en el aula, ante mis estudiantes, ya se los había planteado Platón y más tarde su discípulo Aristóteles. Ellos también habían tenido estudiantes como los míos, unos más listos, otros más apasionados, algunos más hipócritas o abúlicos, otros llenos de perplejidad y curiosidad. Las mismas cuestiones, las mismas dudas, las mismas urgencias: ¿merece la pena vivir bajo un régimen democrático? La tiranía, ¿es despótica o a veces se hace necesaria? ¿Por qué es mejor decir la verdad en lugar de mentir, aun a costa de que en ello nos vaya la vida? ¿Por qué deberíamos ser bondadosos, en lugar de ruines? ¿Acaso disponemos de criterios para distinguir el Bien del Mal, lo verdadero de lo falso?

Puesto que estas preguntas fueron formuladas mucho antes de que nosotros nos viésemos obligados a pensarlas, no parecería mala idea intentar comprender, aunque solo fuese por curiosidad, cómo nuestros antepasados intentaron darles respuesta. Y aquí tenemos ya un primer acercamiento a lo que son los “clásicos”: un texto clásico es aquél que, en algún momento de nuestra historia, buscó entender de forma seria, honesta e inteligente —incluso modélica—, aquellos interrogantes urgentes y profundos a los que todas las generaciones anteriores y posteriores han tenido también que hacer frente a lo largo de los siglos.

Resulta revelador descubrir que los problemas de nuestros antepasados eran los mismos que los nuestros, a pesar del tiempo transcurrido. En el siglo V a. C., Atenas luchaba contra Esparta por la hegemonía en el Mediterráneo oriental y no tenía muy claro si era mejor ser gobernada por un pueblo gárrulo y charlatán, que tomaba decisiones a veces impremeditadas y a menudo imprudentes en asambleas grupales y tras violentas disputas, o bien si no sería más indicado ser dirigida por una oligarquía exquisita, aunque superficial y codiciosa... O acaso dejarse controlar, como el caballo nervioso, por el freno de un solo jinete, un monarca capaz de tomar decisiones rápidas en solitario y sin trabas, pero que a cambio terminaba evidenciando una inevitable tendencia al despotismo cruel. La *polis* estaba llena, igual que nuestras sociedades, de embaucadores vendehúmos (conocidos como “sofistas”, muy parecidos a esos que hoy se hacen llamar “asesores”), dispuestos a cobrar pingüemente el fruto envenenado que exhibían en el escaparate, producto de una fraudulenta ignorancia. Las guerras de entonces, igual que las nuestras, eran costosas y destructivas y podían redundar, como al final lo hicieron, en el derrumbe de una civilización entera... Ese es el contexto histórico en el que nació la filosofía; esas las preguntas poliédricas en torno a problemas cada vez más amplios, más hondos. Si los griegos no hubieran sido un pueblo tan díscolo y difícil de gobernar, tal vez la filosofía habría nacido bajo otro signo. Pero la política en Grecia era un guirigay imparable y el peligro de hundirse en el abismo de la anarquía era constante. Por ende, para Platón, y en general, para los griegos, el interrogante más urgente era: ¿cómo podemos educar en, por y para la virtud cívica? Comenzando por la virtud, y siguiendo con la verdad y el bien, se procuró así acceder a los fundamentos de la realidad entera, para poder cimentar, sobre bases sólidas, estructuras que garantizaran el bienestar general, el bien común.

De aquellas meditaciones de Platón (a las que más tarde se uniría Aristóteles), nació el germen de otras investigaciones complementarias, que luego se emanciparían de su origen para convertirse en disciplinas independientes: la teología, la metafísica, la ontología, la ética, la estética, la lógica, la retórica... incluso, con el tiempo, la ciencia física, la química, la biología... Los griegos nos dieron, *in nuce*, los fundamentos del mundo en el que hoy vivimos. Y eso también convierte a los “clásicos” en algo adicional, una cosa maravillosa e inapreciable: la herencia de lo mejor que el ser humano ha podido dar de sí a lo largo del tiempo.

Una vez que nos hemos sumergido en los tesoros de la antigüedad, es difícil dejar de bucear en ellos. Pronto nos damos cuenta de que los hombres no pararon de pensar con Platón y Aristóteles, sino que las iluminaciones de aquellos mostraron el camino hacia nuevas preguntas y respuestas de otros seres humanos no menos lúcidos y atrevidos. Así, por ejemplo, el nacimiento del cristianismo dio lugar, en épocas posteriores, a textos tan bellos y profundos como los de los griegos y no menos inteligentes. San Agustín, santo Tomás de Aquino, Dante —entre otros muchos—,

interpretaron los Evangelios a la luz de las extraordinarias ideas de los antiguos, y al leer a estos gigantes, descubrimos que sus textos encierran sorprendentes y originales respuestas a nuestras preocupaciones actuales, que también fueron las de aquellos siglos tan diferentes de los de Platón y Aristóteles.

Pero, ¿por qué detenernos en la Edad Media? La curiosidad nos empuja e inevitablemente terminamos dándonos cuenta de que la historia intelectual forja una cadena ininterrumpida de veinticinco siglos, con eslabones cada vez más complejos que nos comunican con el pasado y que contribuyen, cada uno de manera particular, a entender nuestra difícil situación social y política, a la vez que nos estimulan, en el mejor de los casos, para que intentemos estar a la altura de nuestros antepasados y que podamos también dar lo mejor de nosotros mismos, como en su día pedía Sócrates de sus contemporáneos.

Como ya he dicho, tuve la inmensa suerte de estudiar en St. John's College, cuyo currículum se basa en esos mismos clásicos de los que hablo. Sentados en torno a largas mesas oblongas, éramos en cada seminario unos quince estudiantes, acompañados por dos profesores que moderaban las discusiones sobre los textos. Otras veces, durante el día, nos reuníamos en los jardines, como hacía Platón con sus discípulos en la Academia, y discutíamos animadamente tumbados sobre la hierba. Nos ateníamos a reglas precisas, pocas pero importantes. Escuchar al otro hasta el final de su argumento sin interrumpirle; esperar nuestro turno para hablar; citar a los autores refiriéndonos al material estudiado con la referencia exacta; dirigirnos a nuestro interlocutor por *Mister* o *Miss*, seguido del apellido (que en español sería el equivalente a tratarle de *usted*, o sea, con respeto)... A lo largo de cuatro años se fraguaba una atmósfera única, desapasionada, *higiénica*, resguardada del “mundanal ruido” entre las montañas de Santa Fe, en Nuevo México (un segundo campus, igual al nuestro, operaba y aún opera en Annapolis, Maryland, al otro extremo del país)... Residíamos dentro del campus, lejos de las miradas ajenas, apartados de la ciudad, en una atmósfera cuasi monástica. Estudiábamos casi todas las horas libres del día, aunque, como en los monasterios benedictinos, también teníamos horarios para comer, hacer deporte, senderismo, artesanía o música... Años después, cuando leí *El juego de los abalorios*, de Hermann Hesse, me pareció haber vuelto a encontrar, esta vez en esa obra literaria, la magia de aquellos años de juventud entregados totalmente al saber y al estudio.

Por las tardes de invierno, cuando se ponía el sol detrás del alto ventanal de la cafetería de la universidad, la cumbre nevada de la cordillera sobre cuyas faldas se extendía el campus se incendiaba de púrpura, creando un espectáculo que tuvo que impresionar a los españoles que en el pasado recorrieron a pie aquellos parajes y por eso le dieron el nombre que aún hoy ostentan: *The Sangre de Cristo Mountains*. Yo alzaba la cabeza para admirar aquella hemorragia de luz y luego la volvía a bajar para hundirme en el aprendizaje de las declinaciones del griego homérico o regresar al texto del *Simposio* y anotarlo con mi bolígrafo de punta fina... Hasta que a mi mesa se acercaba algún profesor portando una taza de café, pedía permiso para sentarse y, al verme más dispuesto a dialogar que a leer, entablaba una conversación sobre Platón, o los postulados de Euclides, o la belleza del panorama, y esos intercambios con sabios académicos dejaban inevitablemente una huella profunda en mi espíritu.

En mi vida ha habido dos grandes influencias, dos corrientes que me han formado y han hecho de mí quien hoy soy. La primera, y más honda, fue la de mis padres, mi familia, transmisores de los valores y principios heredados de la hispanidad: la fe, la

amistad, la generosidad, la honestidad, el trabajo bien hecho, la lealtad, el cumplir con la palabra dada y el compromiso adquirido... La segunda, sin duda alguna, ha sido el entrenamiento humanista recibido en St. John's, el deslumbramiento que despertaron en mí los clásicos, el aprendizaje de virtudes como la tolerancia, la paciencia, la prudencia, la meticulosidad, el puntilloso desarrollo de un argumento de principio a fin, la generosidad en reconocer que la razón la tiene el contrario... En St. John's desarrollé el placer de la lectura que en mí ya habían inculcado mis padres y la capacidad para indagar que hasta hoy me han acompañado y que ya no me abandonarán mientras viva; allí adquirí los instrumentos necesarios para encauzar racionalmente los fogonazos luminosos del espíritu y allí hice el sabio descubrimiento de la soledad fructífera, esa que, según Pascal, pocos son capaces de soportar durante más de quince minutos sin tornarse ansiosos...

Antes he dicho que a veces, al recordar mis años de St. John's, me ha venido a la mente *El juego de los abalorios*, de Hermann Hesse. Es posible—tampoco lo niego— que algo de aquel juego abstracto y a veces un poco estéril constituyese también un aspecto inevitable de esa educación dedicada exclusivamente al estudio de los libros, a navegar entre los pensamientos sin prestar demasiada atención al propósito del viaje; empeñados en tejer y destejer el hilo de las ideas sin completar ninguna labor concreta, lo cual por lo demás recuerda a la Penélope de Ulises, que se ocupaba en deshacer por la noche lo tejido durante el día (si bien a Penélope al menos la animaba la esperanza). Aunque, también es cierto, en ese esfuerzo comunitario nos entrenábamos, ya lo he dicho, en la tolerancia, el respeto mutuo, la paciencia... sin mencionar, por supuesto, que al mismo tiempo íbamos afilando los instrumentos de la razón: aprendíamos a establecer sólidamente las premisas de una discusión, a utilizar de forma precisa el silogismo en el desarrollo del discurso, a convencer con sólidos argumentos a nuestro interlocutor, o a demoler con artillería brillante las ideas erróneas de nuestro contrincante y así nos ejercitábamos como humanistas, a medida que nos íbamos familiarizando con las metáforas, los símiles, las sinédoques y metonimias...

Pero, quizás porque eran aquellos los últimos años *dorados* de la cultura estadounidense, con una economía siempre en expansión, una hegemonía en Occidente que las posteriores luchas por los derechos civiles y la guerra de Vietnam aún no habían puesto en tela de juicio... gracias, por ende, a un *consenso* social aparentemente absoluto (más tarde, al hilo de la derrota de Vietnam, tras las revueltas de Berkeley, los asesinatos de John F. Kennedy y de Martin Luther King, los disturbios raciales y las diversas crisis del petróleo, el gran edificio del liberalismo político anglosajón empezaría a resquebrajarse, pero los efectos tardarían aún en hacerse ver), un consenso social, digo, que hacía que ese país pareciera más una enorme y eficiente máquina de producción de bienestar, un autómatas político y económico capaz de reproducirse sin necesidad de introducir modificaciones profundas en su interior, bastando solo pequeños ajustes aquí y allá, que tenían lugar de forma casi mecánica en lejanas sesiones del Congreso en Washington (en cuyas honestas intenciones todo el mundo confiaba sin reservas, como se confía en la saludable atmósfera de oxígeno que nos envuelve y nos permite respirar sin siquiera plantearnos su existencia)... Quizás, digo, porque eran aquellos los últimos años dorados de esa cultura, el universitario de mi época no necesitaba preguntarse si sus estudios humanísticos servían para algo concreto, práctico, real. Era posible entonces dedicarse a pensar por pensar, como en el siglo XIX había pintores en París que se dedicaban a *l'art pour l'art*... Tras algún tiempo completaríamos nuestros

estudios y entonces ya nos veríamos obligados a enfrentarnos a la *vida real*, unos con más suerte o vitalidad que otros; todos portadores de ese bello bagaje de lecturas en nuestros espíritus, pero desconocedores de cómo funcionaba el mundo en el que nos íbamos a zambullir. Éramos representantes del humanismo laico anglosajón, con sus luces y sombras...

En los mensajes en que describe la Nueva Escuela de Formación Política, mi amigo Juan Carlos ha expresado, varias veces y de varias maneras, algo que me ha gustado mucho, porque reconozco que tal vez es lo que a mí me hubiera hecho falta durante aquellos días de utópico desarrollo intelectual. Me refiero a un equilibrio *católico* entre el pensamiento y la acción, esa necesaria contribución a la sociedad y al prójimo que se entiende como elemento esencial de la recién creada institución chilena... En uno de sus mensajes, por ejemplo, Juan Carlos escribía:

... porque nuestra responsabilidad cívica nunca debe obviarse; de otro modo, estaremos en la comodidad de nuestro mundo privado, pero renunciando a la libertad.

La participación política es entendida en el republicanismo como la participación activa y plena en la identidad que el hombre alcanza en la sociedad y como la condición necesaria para la progresiva adquisición de la excelencia o plenitud que corresponde a esa identidad.

Así, el republicanismo valora la participación política por razones éticas, por el perfeccionamiento moral que esa participación posibilita; mientras el liberalismo individualista y el colectivismo socialista la valoran por razones meramente tácticas y de utilidad.

Para el republicanismo, la participación política es la forma en que varones y mujeres, involucrándose en empeños comunes y más ambiciosos que el cuidado de lo privado, dispone de la ocasión de desarrollar al máximo sus talentos y hace germinar la virtud cívica en un clima de libertad.

Así, hemos de preservar y practicar la libertad política para no empequeñecer nuestro espíritu, rebajar nuestros deseos y atrofiar nuestras más altas facultades, ocupándonos solo de alcanzar el estrecho y menudo bienestar individual.

En mi caso concreto, tras el correr de los años, y con el bagaje a cuestas de los clásicos que aún cargo sobre mis hombros, es difícil llegar hoy a conclusiones mucho más claras y precisas sobre lo que en mí todavía muestra los vestigios de aquel “juego de abalorios” de mi juventud. Ya he entrado en el tramo final de mi trayectoria vital y aquella primera formación humanista, como la semilla en la parábola del Evangelio, fue la que se sembró y dio nacimiento a un árbol de ramas frondosas en las que anidaron los pájaros y produjo los frutos que hoy porto conmigo, y no otros. No es posible volver atrás y reescribir el genoma de aquella semilla originaria. Mi educación fue la que fue y no solo no puedo deshacerme de ella, sino que además es imposible negar que fue maravillosa.

Estos días contemplo con admiración lo que hacen otros con ese modelo educativo en diversas partes del mundo. Existen varias magníficas escuelas de humanismo basadas en los clásicos, en Hungría, en Italia, en los mismos Estados Unidos... O en Chile, con esta Nueva Escuela de Formación Política de Juan Carlos Aguilera. Me gusta descubrir lo que hay de común en todas ellas; saber que sus herederos estarán situados en un lugar destacado del siglo XXI.

Y pienso que a la pregunta original, “¿qué significa educar en los clásicos?”, podría hoy responder: educar en los clásicos es intentar transmitir al educando la mejor herencia del ser humano y por ende de su propia historia personal, con la esperanza de guiarle para que se convierta en el sólido eslabón de una continuada cadena de virtudes,

en la que lo bello, lo bueno, lo justo y lo verdadero, contribuyan, dentro de lo posible, a hacer de nuestro entorno fallido un lugar mejor para todos.

Así pues, felicito a Juan Carlos Aguilera por esta iniciativa que promete convertirse en uno de los motores potentes que necesita hoy día nuestro mundo —no solo el hispano y católico—, en medio del caos nihilista del Occidente contemporáneo.

Con mis mejores augurios.